

NUNCA MIRE ATRÁS



[4]

NUNCA MIRES ATRÁS

Claudio Cerdán



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

© Claudio Cerdán, 2018

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2018

Ilustraciones: MIGUEL NAVIA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-53-7

Dep. Legal: P-15/2018

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4-1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Duerme
que ahí afuera
solo hay monstruos,
solo hay gente
que te compra
y que te vende
que te odia,
que te miente,
que te roba,
que te mata,
que te viola
y que no siente nada.

(Nana cruel, Robe)



Sonia yacía muerta. Literalmente. Nada ni nadie podría sacarla de esa conclusión. No hacía falta ser detective para darse cuenta porque las pistas eran claras: desorientación, olor a carne podrida, dolor de cabeza, de pies, de estómago. Y, por si fuera poco, esa luz al final del túnel donde una cara angelical la llamaba por su nombre.

—¿Sonia?

El sonido le llegaba amortiguado, acústica de pecera, pero el foco que tenía sobre los ojos la obligaba a entornar los párpados. Palpó alrededor y no supo dónde estaba. Abrió la boca y una lengua sin saliva carraspeó.

—He muerto.

El ángel que le esperaba ante las puertas del cielo sonrió. Sonia trató de centrar la vista, pero era muy difícil. No es que viera doble, sino que todo oscilaba de un lado a otro. Supo entonces que se encontraba tumbada sobre algo pegajoso, irregular, pero era infinitamente más apetecible quedarse allí que mover un solo músculo.

—Creo que voy a vomitar —dijo.

—¿Otra vez?

De forma automática, con más esfuerzo que resultados, Sonia levantó la cabeza y se miró el cuerpo. Estaba cubierto de una costra pringosa con trozos de... ¿qué era eso?

—¿Maíz? —preguntó—. ¿Cuándo he comido yo maíz?

—Será mejor que salgas de ahí —contestó el ángel—. Dame la mano.

Pero Sonia no quería moverse. Solo necesitaba dormir un poco más, cerrar los ojos y acurrucarse en su útero de vómitos hasta que todo pasase, hasta que desapareciera el dolor y el frío. Sí, allí estaba en la gloria.

Una mano la obligó a sentarse. Sintió los dedos en su brazo y cómo el ángel tiraba con fuerza de ella.

—No... déjame en paz... —gruñó.

Asomó la cabeza por una especie de barandilla y un callejón se dibujó ante sus ojos enrojecidos. Fue entonces cuando se percató de que estaba dentro de un contenedor de basura.

—Supuse que podría encontrarte aquí —dijo el ángel.

El ángel era una mujer de su edad, con la cara redonda y el pelo largo y ondulado. El sol brillaba con tanta fuerza que le impedía concretar si era castaña, rubia o simplemente llevaba mechas. Los iris los tenía azules, de eso no le cabía la menor duda. Estaba segura de que

no se conocían de nada, solo sabía que la estaba ayudando a salir de un ataúd de desperdicios.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sonia.

—¿No te acuerdas de nada?

—Yo... —Los recuerdos llegaron a su mente como flechazos, pero le costaba organizarlos—. Era 1998. ¿He viajado en el tiempo?

Sonia observó el contenedor como si fuera una especie de DeLorean. Se preguntó dónde había aparcado su monopatín volador.

—Estamos en 2018 —explicó la otra chica—. Te llamas Sonia Ruiz y eres detective privado. Y tienes un caso que resolver.

Sonia pensó que con saber qué pasó ayer ya era suficiente.

De lo que pasó ayer tuvo la culpa Esther.

—Tienes que ir —le insistía.

—No.

—¿Por qué no?

Estaban en la terraza de un bar en Malasaña. A Sonia le gustaba salir de fiesta por allí. Había de todo y eso era bueno. Odiaba los locales que se dividían por clases o edades: bares de viejos, cafeterías de niños, clubs para gente con pasta, antros de mala muerte, restaurantes selectos y, por encima de todos, esos horribles lugares donde los niños se pelean en piscinas de bolas mientras los padres hablan de cualquier tema ante bebidas sin alcohol. Todo aquello la superaba. Quería estar en un sitio donde nadie mirara con extrañeza a la mesa de al lado, ya hubiera un señor con corbata o una chica con extensores en las orejas.

—Vamos, será divertido —le insistía Esther tras la cuarta caña.

—Antes prefiero tirarme de cabeza a una picadora de carne —le explicó—. El resultado es el mismo y me ahorraré la vergüenza.

—¿Pero qué vergüenza? Vamos, Sonia, mírate: eres la tía más buena de este bar.

—Mis cartucheras no opinan lo mismo.

—No digas tonterías. Se van a quedar con cara de imbéciles cuando te vean. Es el momento de plantarle cara al pasado, hazme caso.

Sonia resopló. No tenía que haberle dicho nada a Esther. Ya le había hablado de su horrible paso por el instituto cuando era adolescente. La muerte de su padre la sumió en una gran depresión que la llevó a comer sin parar, lo cual desembocó en sobrepeso y en las burlas de sus compañeros. La Centollo, la llamaban. La chica gorda y solitaria que solo mira al suelo. Sí, fue una época de mierda que se arregló al llegar a la universidad y a la que no tenía la menor intención de regresar.

—¿Sabes lo que daría yo por que me invitaran a una reunión de antiguos alumnos del instituto? —preguntó Esther.

—Déjalo ya. No voy a ir.

—Piensa en que todos los que se burlaban de ti ahora estarán gordos o calvos. O las dos cosas a la vez. Puede que incluso alguno haya muerto. ¿No te llama la atención?

—Para nada.

—Los que te acosaban no podrán ni mirarte a los ojos. Se les caerá la cara de vergüenza solo con que estés allí. Vamos, el destino te pone la venganza en bandeja. No puedes dejarlo escapar.

Pero Sonia no estaba por la labor. Desde que recibió la invitación vía Facebook, apenas había podido pensar en otra cosa. Una cena de antiguos alumnos del instituto para recordar los viejos tiempos. El problema era que Sonia deseaba olvidar. Cada vez que le llegaba un recuerdo, en su mayoría humillantes o tristes, sentía que regresaba de nuevo a la adolescencia. Habían pasado casi veinte años desde aquello y aún le dolía el pasado.

—Mira, es muy sencillo —continuó Esther—. Tú vas allí, ves lo que hay, y si te sientes agobiada, pues te levantas y te vas. Es así de fácil.

—¿Y qué gano yo con esto?

—Calvos. —Esther enumeraba con los dedos de la mano—. Estrías. Panzas.

—Se burlaban de mí por tener unos kilos de más. ¿Por qué crees que me va a alegrar que ellos estén gordos ahora?

—Lo físico es lo de menos, pero seguro que tienen unas vidas miserables.

—Vale, entonces es la desgracia ajena la que me tiene que hacer sentir mejor.

—Más bien serán ellos los que se sientan peor. Se darán cuenta del error que cometieron al ningunearte.

—Fue algo más grave que eso...

—Hazme caso. —Levantó su pinta para brindar—. Se quedarán con cara de imbéciles al verte. Y quizá te sirva para borrar definitivamente esa parte de tu vida.

Sonia brindó con poca convicción. No conocía nada capaz de borrar el dolor.

Aún no sabía por qué había aceptado. Quizá las palabras de Esther habían calado en ella, o tal vez le apetecía plantarles cara a los abusos. Era consciente de que era la única oportunidad que tendría de hacerlo y quiso ver qué pasaba. Por si acaso, tenía un plan de emergencia para salir de allí consistente en hacer como que la llamaban y escaparse por la puerta de atrás.

Se vistió para matar. Vestido negro con minifalda y escotazo. Un sujetador con relleno haría el resto. Se puso un cinturón enorme para disimular esa barriga que empezaba a acomplejarla. Medias negras y zapatos de tacón completaban el uniforme de chica cañón. Ese mismo día fue al salón de belleza y le explicó a Paolo lo que quería. Cuando el peluquero acabó, su melena era la de una leona. Se dejó hacer en manos de una maquilladora profesional y su mirada se intensificó al tiempo que sus labios se tornaban rojo sangre. Al ver el resultado en el espejo hasta ella misma tuvo que reconocer que estaba para mojar pan.

—Al ataque —se dijo.

* * *

Pidió al taxista que la dejara un par de manzanas antes de llegar al restaurante. Fue al bajar cuando se dio cuenta de que debería haberse traído una chaqueta, pero no quería que nada le tapara los hombros.

Avanzó decidida por la acera dándole pequeños tirones a la falda hacia abajo. Dios, era demasiado corta y encima tenía tendencia a subirse. Al fondo de la calle vio a un grupo de gente reunida ante la puerta del restaurante y aparecieron los nervios.

Sacó un pequeño frasco de perfume y se echó un poco en el cuello, pero le temblaban tanto las manos que se le cayó en el escote. Rápidamente trató de sacarlo antes de que le manchara el vestido mientras un par de ancianos se preguntaban en la otra acera quién era la ordinaria aquella que se sacaba las tetas en mitad de la calle. Cuando por fin recuperó el frasquito, estaba casi vacío. Se cabreó mucho porque le había costado casi 80 euros, no le dio importancia al hecho de que ahora olía a droguería y siguió caminando como si nada.

Al llegar a la altura de sus viejos compañeros sufrió otra crisis. Nada podía salir mal. Se recolocó los pechos de nuevo y se bajó la falda. En ese momento sus dedos tocaron algo raro en la media derecha: tenía una carrera. Su cuerpo le pedía soltar el impropio más grande que podía imaginarse —las putas medias le habían costado casi tanto como el perfume porque eran de un nuevo

material irrompible—, pero una mujer con permanente la reconoció y fue a darle un abrazo.

—Pero mira quién está aquí —dijo muy efusiva—. Si es Sonia. Ya creía que no vendrías.

«Dientes, dientes», pensaba Sonia. «Que es lo que les jode.»

—Hola, ¿qué tal estás? —fue lo único que se atrevió a decir.

—No me digas que no te acuerdas de mí.

Aquella mujer hizo una pausa y estiró los brazos mientras se hacía hacia atrás. Sonia sintió cómo el silencio se espesaba y cómo todas las pupilas se clavaban en su figura. Maldijo el momento en que no se preocupó de investigar a sus antiguos compañeros. Empezó a registrar sus perfiles de Facebook, pero la mayoría no tenían fotos o estaban en desuso y lo dejó. Ignoraba cómo estaban tan de moda las redes sociales si ninguno de sus conocidos las usaba para nada. Sin embargo, en ese momento, su cerebro carburaba a toda velocidad para tratar de descubrir quién podría ser aquella chica bajita y embarazada.

—Soy la Chari —dijo al fin, y Sonia regresó a su técnica de «dientes».

—¡Chari! —gritó mientras hacía el paripé de alegrarse mucho—. Qué bien te veo.

—Uy, calla, que anda que no me veo gorda. —Le dio un par de codazos de complicidad—. Si te enseño los pies...

Dejó la frase en el aire. Sonia no tenía ni idea de cómo se podía completar. Trató de hacer memoria sobre si la Chari la había puteado en el pasado, pero la recordaba simplemente distante, la típica empollona remilgada que era muy, muy feliz. Luego se enteró de que su padre tenía una fábrica de muebles, y, claro, el dinero hace más feliz cualquier hogar, por mucho que los gurús del pensamiento positivo nos quieran hacer creer lo contrario.

—Pero vamos dentro, chica —le dijo cruzando su brazo con el de Sonia—. Aquí solo están los fumadores. ¿Te acuerdas de que en el insti todos fumábamos para parecer más guays? Pues ahora la moda es dejarlo, fíjate tú.

Sonia estaba absolutamente fuera de lugar. La Chari la había arrastrado dentro, donde unos camareros iban sirviendo un aperitivo minúsculo. Se preguntó qué habían hecho con los 50 euros que había ingresado como su parte del banquete. Recordó un breve periodo de tiempo en el que acompañaba a su exnovio a los botellones de sus amigos en el descampado. Siempre había que poner 10 euros, fueran cinco o cincuenta. Lo que variaba poco eran las bebidas que había. Al final descubrieron que el que compraba el alcohol se quedaba siempre un 40 % para él y con eso podía salir de fiesta el resto de la noche. Estafaba a sus colegas y luego les gritaba, borracho como una cuba, aquello de «eres mi mejor amigo».

Sonia se sentía como una buscona. No entendía por qué pensó que sería buena idea ponerse su vestido de Afrodita, con las tetas apretujadas a la altura de la garganta y la falda que amenazaba con convertirse en un tanga. Nadie la había avisado de que aquello se parecería más a una reunión del AMPA que a un encuentro de instituto. Sus compañeras vestían casi todas vaqueros y

blusa, y ellos camisa y chinos. Contó dieciséis bombos en los primeros cinco minutos de estar allí, y las conversaciones que surgían iban por el mismo camino.

—Pues sí, nena, cuatro niñas —le explicaba una compañera que se acababa de presentar a Sonia y ya había olvidado su nombre—. Mi marido dice que probemos, que el varón está al caer. Pero yo ya me he cansado, ¿sabes? Con cuatro vamos bien en el monovolumen, pero con cinco ya tendría que cambiar de coche.

—Qué me vas a decir a mí —continuó la otra señalándose la barriga de embarazada—. Cuando nazca mi Khaleesi tendremos que mudarnos, que con tres habitaciones no vamos a ninguna parte.

—¿A qué colegio llevas a tus chiquillos? —preguntó otra—. Nosotros nos hemos tenido que empadronar en la zona centro para que puedan ir al Pilar. No veas los atascos que se forman cuando voy a recogerlos, que ya me gustaría a mí vivir al lado y que fueran andando, pero si no hacen aparcamientos, esto es un sinvivir.

—Nosotros estamos en uno privado que sigue el método Montessori —añadió una tercera.

—Claro, bilingüe —concluyó una cuarta, también embarazada.

—Claro —dijo Sonia sin comprender nada.

Los camareros solo servían cervezas sin alcohol y otros cócteles inofensivos. Sonia se moría por una buena cerveza. No aguantaba las conversaciones de niños y de

colegios. Empezaba a tenerle tirria a un tal Estivill y no sabía ni quién era.

—¿Y tú, cari? —preguntó la Chari.

Todas las miradas se pusieron sobre Sonia. Estaba en un corrillo con otras nueve mujeres, casi todas preñadas en distintas etapas. Por un momento pensó que la reunión iba a ser de su clase, pero resultó que era de toda la promoción del instituto. Allí había gente que solo le sonaba de verla en el recreo.

—¿Yo? —preguntó Sonia.

—¿Para cuándo?

Por un momento pensó que se trataba de alguna jerga en clave. ¿Para cuándo qué?

—¿No te animas? —repreguntó la Chari al ver que Sonia no contestaba.

—¿Animarme a qué?

—A tener niños, tonta —respondió otra.

Una sensación de vértigo se adueñó del cuerpo de Sonia, convertida en estatua de sal por obra y gracia de sus antiguas compañeras. Había vuelto a ocurrir: la estaban juzgando y ella no podía hacer nada para remediarlo. Mientras nueve pares de pupilas se deslizaban por su piel, su mente carburaba a toda velocidad una respuesta apropiada. La verdad, la sinceridad, no era buena consejera. Quería decirles que para ser madre hay que valer, que su vida en ese instante no era la mejor, que estaba divorciada y lo más parecido a un novio que tenía era un universita-

rio con los brazos llenos de tatuajes. Pero no era una respuesta válida. Había que tener hijos. Era lo que tocaba. Todas lo estaban haciendo y ella, Sonia Ruiz, volvía a ser la rara del instituto. Así que tomó aire y simplemente dijo:

—Yo... no creo que sea el momento.

—Pues se te va a pasar el arroz —le contestó la Chari antes incluso de terminar su frase.

—¿Qué?

—La Chari esta es una antigua —le cortó una tercera—. Eso de «pasarse el arroz» lo decían las viejas de mi pueblo.

—Ya... —Sonia sonrió al ver en esa otra mujer a una aliada en potencia.

—Significa que si no te das prisa, te vas a quedar seca por dentro —concluyó.

—Seca, tía —repitió otra.

—Y que ya no vas a poder tener hijos.

—Uf, calla, calla —contestó una frotando la panza en el sentido de las agujas del reloj.

—Mi prima, la que trabaja en el Mercadona, al final se ha tenido que hacer una *in vitro*. Ahora no le habla el cura porque dice que es pecado.

—Qué horror... —La Chari se persignó—. A mí, si no me dejan entrar a misa, me da algo.

—Mi hermana, igual. De tanto esperar ahora va a adoptar a una saharauí. Y mira que le digo que no lo haga, que lo que está de moda son las chinitas.

—No sé, chica. Le saldrá más a cuenta.

Sonia tragó saliva. Necesitaba esa copa como fuera.

—Ahora vuelvo —dijo a modo de despedida.

Antes de girarse ya había comenzado un cuchicheo continuo donde el tema de conversación era ella.

Encontró a un camarero y le exigió una cerveza con alcohol. Le faltó agarrarlo de la pechera y zarandearlo, pero el hombre estuvo atento y vio las llamas que salían de esa mujer. Tiempo después aún comentaría con sus amigos del mus la vez que aquella loca le lanzó una mirada de psicópata mientras le pedía de beber.

Sonia rechazó el vaso y bebió media botella de un trago. En ese momento le sonó el móvil. Su bolso era minúsculo y no pudo quitar la cremallera con una mano. Como no había mesas cerca, sostuvo la botella con la boca mientras sacaba el teléfono. Era Esther, que quería desearle ánimos, así que colgó de inmediato.

Levantó la cabeza y se fijó en un grupo de hombres que apartaban la mirada rápidamente. Sonia no supo cómo tomárselo, pero imaginó el motivo: la rara, vestida de putón verbenero, había aguantado una botella de cerveza entre los labios... y a los ojos de esos imbéciles parecería otra cosa.

—Está bien —se dijo para darse valor—. A ver de qué vais.

Con determinación, se acercó al grupo de hombres. «Dientes, dientes.» Para su sorpresa, tampoco había mu-

chos gordos, y los que estaban calvos ya le sonaba que les faltaba pelo en el instituto.

—Hola, ¿de qué habláis? —les dijo—. Y no me digáis que de niños o me tiro por la ventana.

Sonia pensó que esa última frase había sido demasiado agresiva incluso para esa situación. ¿Tirarse por la ventana? Normal que creyeran que era una loca.

—Paco nos estaba contando lo de su divorcio —dijo uno.

La técnica de enseñar dientes no le parecía la mejor. Su rostro se relajó hasta mostrar un gesto de comprensión.

—Lo siento.

—¿Tú estás casada? —preguntó otro.

Sonia ignoraba cómo era capaz de ir de conversación incómoda en conversación incómoda. ¿Qué les contestaba? ¿Que se casó con un tío llamado Kevin y que la abandonó dejándola en la mierda? ¿O que se sentía atraída por un yogurín al que quería como un hermano? ¿Cuál de las dos opciones la dejaba en peor lugar?

—Casada, soltera... eso solo sirve para los estados de Facebook.

La miraron sin comprender. Sonia anotó mentalmente que las redes sociales solo sirven para que los medios de comunicación se inventen noticias y le den voz a los psicópatas, porque estaba claro que nadie de su generación les daba importancia.

—¿En qué trabajáis? —preguntó para cambiar de tercio.

Entonces todos se pusieron a hablar a la vez de lo mal que está el mercado laboral, que si la crisis, que si los recortes, que si los ERE, que si tanto estudiar dos carreras para acabar de camarero. Sonia pensó que lo de tirarse por una ventana no era tan mala idea después de todo.

—Ay, chicos. —La voz de la Chari se escuchó a su espalda mientras un brazo la rodeaba por la cintura—. ¿De qué estáis hablando?

—Nos ponemos al día de nuestros trabajos —dijo uno con aire agriado.

—Pues fíjate, yo acabé en una tienda de ropa, pero cuando conocí a mi Manuel Alberto, ya no he vuelto a ir. Tiene un concesionario de Nissan, ¿sabéis?

—Pues que mire bien los motores —dijo otra voz femenina—, que mi marido es perito de seguros y no veas la de problemas que se pueden solucionar mirando los manguitos.

Sonia observó horrorizada cómo el grupo de mujeres y el de hombres se unían en distendida conversación. Necesitaba un cigarro, escapar de allí, que llegara Pau en su ciclomotor y la salvara de aquella pesadilla. Solo deseaba que, por favor, por lo que más queráis, no me hagáis ESA pregunta a mí.

—¿Y tú a qué te dedicas? —dijo la Chari.

Sonia Ruiz se preguntó cuántos años de cárcel le podrían caer por golpear con el bolso a una embarazada. En lugar de proceder al intento de homicidio, permaneció callada. Por nada en el mundo pensaba decirles a esa cuadrilla que era detective privado. La coserían a preguntas, le harían comentarios absurdos y ella tendría que pasarse el resto de la noche justificándose. No, jamás saldrían esas palabras de su boca. Sin embargo, tenía la respuesta perfecta:

—Hay una canción de Robe que dice...

—Anda, dejadla ya a la pobre —la interrumpió uno de los hombres con un tono paternalista que le revolvió las entrañas a Sonia—. Quizá esté en el paro.

No la dejaban hablar. Allí ya habían llegado a una conclusión y ni toda la discografía de Extremoduro les haría cambiar de parecer.

—No pasa nada por no tener trabajo. —¿Eso que notaba en la voz de la Chari era lástima?—. Al menos habrás cotizado algo, ¿no?

—Es importante si quieres un subsidio.

—Los 400 euros.

—Menos es nada.

—Tú no te preocupes, cari.

¿Cari? ¿Quién había dicho eso?

—Sin enchufes es que es imposible.

—Búscate un hombre que te mantenga. —Escuchó a otra, hablando desde la nostalgia de tiempos en blanco y negro.

Y entre la avalancha de comentarios, Sonia captó las indirectas: «Fíjate en la Centollo, la marginada de la clase, aquí vestida como una furcia, las tetas de silicona y no tiene ni donde caerse muerta, estaba claro que no iba a ser nadie en la vida, pobre, pobre, pobre niña rara».

—Mi pecho es natural —murmuró.

Todos se callaron. Sonia tragó saliva.

—Y trabajo de detective privado.